



LXXXIV

Mientras, en la sala, Pablo y doña Dolores hablaban del asunto.

—En mala hora se ha enamorado Lena de su primo.

—¡Ya se le pasará, mamá! Esto que hoy ha sabido servirá de muy eficaz remedio. Juan no volverá á Méjico en muchos años. No le gusta esto; le fastidia, le exaspera.

Mil veces le dijimos á Lena quién es Juan; mil veces le hicimos observar el poco valer de ese muchacho... pero ella; en sus trece!

—Yo también, mamá, yo también le dije

lo mismo... ¿Y qué hizo? ¡Disgustarse!
¡Buen rato me dió, porque, ya conoce usted el carácter de Lena! Dulce y apacible al parecer, tiene momentos en que envenena sus palabras...

—¡Ten compasión de ella, Juan! Considera que es muy desgraciada... No era así de niña. ¡Qué mucho que la ceguera le haya amargado el carácter!

—Algo conseguimos... Si á tiempo no le hablamos, á estas horas serían novios...

—Así lo creo, hijo mío...

—Yo, hace más de un mes, le hablé á Juan del asunto, y le dije terminantemente, que dejara en paz á mi hermana.... Le hice ver que tales amores serían una locura.... Para casarse con una ciega, se necesita un heroísmo tal... ¡Juan es incapaz de una idea generosa!... No hay en él nada noble... Es un niño mimado, corrompido en París. Le conozco muy bien. ¡Vaya si le conozco!

—Entiendo que ni Juan, ni Carmen, ni María, ni Alfonso, saben lo acaecido. Calémonos, y... adelante!

La señora volvió á sus cartas, y Pablo á sus periódicos. Cartas y periódicos hablaban del rapto. Las Pradilla referían el caso más ó menos como á Margot se lo contaba Marta. El P. Anticelli, decía únicamente: "Ya sabrás la burrada de Concepción Mijares.... ¡Era de esperarse!

¡Dios ponga remedio! Que lo que ha pasado sirva de ejemplo á muchas madres y á muchas hijas."

Pablo leyó á doña Dolores los sueltos de los periódicos, y una y otro lamentaron el afán informador de la prensa, que no se detiene ni ante la vida privada con tal de dar noticias.

Vuelta en sí la ceguezuela, se echó á llorar, pero luego se quedó aletargada ó dormida. Cubrióla Margot con una colcha, y se fué al comedor con Filomena, á la cual contó brevemente lo que habían sabido y lo que en concepto suyo había causado el desmayo de Elena.

—Si yo le dijera á usted, niña Margarita...—se atrevió á decir la criada.

—Si supiera yo... ¿qué?

—No. ¡Es mejor que no lo sepa usted!...

—Algo me ocultas que me hará mal... Dilo, que á todo estoy dispuesta...

—Y... bien visto, tiene usted razón... Si tarde ó temprano ha de saberlo usted... sépalo usted desde ahora...

—¡Dí, por Dios!—exclamó Margot sobresaltada.

—¿Pero no se afligirá usted ni se apenará?

—Habla, ¡por la Virgen Santísima!

—Pues... lo diré...—respondió Filomena dolorosamente resuelta.

Elenita está enamorada de don Juanito...

—Ya lo he comprendido... ¡No es nuevo para mí!...

—Y son novios...

—¿Cómo lo sabes?

—Porque Elenita me lo ha dicho...

—¡No, eso no es verdad! Ni Juan le ha dicho nada, ni Elena le habría correspondido sin decírmelo antes...

—Pues son novios...

—Lamento el noviazgo. Con lo que ha pasado... se acabarán esos amores... Juan no ha de regresar en muchos años.

—No, pero...—y la infeliz criada vacilaba...—pero... hay algo muy grave, niña, muy grave... Armese usted de valor... para oírlo...

—¡Me asustas, mujer!—exclamó Margot, abriendo sus grandes y hermosos ojos, asaltada por una idea horrible.—¡No me digas nada!

—Niña...—respondió Filomena con acento suplicante y doliente,—pero... ¡si es preciso que lo sepa usted.

Vaciló Margarita, y después de unos cuantos minutos de silencio, decidida á oír lo que iban á decirle, murmuró con dulzura.

—Dímelo...

Y Filomena, en voz muy baja, casi en secreto, dijo al oído de la joven unas cuantas palabras....

Quedóse atónita Margot, como si le hubieran anunciado que segundos después iba á ser precipitada en un abismo sin fondo...

—¡Eso no puede ser! ¡Eso no es cierto!...

—Sí, niña... ¡es cierto!

—Mujer... ¡tú te has vuelto loca!

—¡Ojalá, niña Margarita!

—¿Cómo lo sabes?—preguntó Margot, temblando de pies á cabeza, angustiada, próxima á sollozar, llenos de lágrimas los ojos!

—Lo sé... porque ella me lo dijo.

—¿Ella?

—Sí.

—¿Cuándo?

—La semana pasada... ¡Si yo le he escrito las cartas para ese señor, y yo misma las he llevado al correo.

Un relámpago de cólera cruzó por el rostro de la hermosa señorita, la cual dejó escapar con tono de severísima reprensión:

—¡Filomena!

—Niña...—murmuró dulcemente la criada...—¿qué podía yo hacer?

Bañada en llanto siguió diciendo:

—¡Cómo he padecido desde que lo supe! Ese secreto me quema el alma, es como una víbora que se me ha enroscado en el corazón... ¡Cómo he llorado! Desde

ese día no puedo dormir... Me he pasado las noches bañada en llanto... ¡Qué desgracia!

—¡Pobre de tí, Filomena! ¡Eres una santa! No digas nada. Yo hablaré con Elena... y después... ¡Dios dirá!

Secóse los ojos, y se dirigió al teléfono. Llamó y pidió comunicación con la casa de su tío, y con el departamento de su primo.

—Alfonso... ¿Alfonso? ¿Eres tú?... Bien... ¡Cuánto me alegro!... Sí, porque necesito hablar contigo... ¿A qué horas?... Antes... A las tres.... No... A las tres... ¿sin falta? Te lo ruego.... Me urge hablar contigo... Te espero... ¡Adiós!



LXXXV

—¿Quién te ha dicho eso?—respondió la ceguezuela, erguida y con suprema altivez irritada.

—No hay para qué decirlo. Dime: ¿es verdad?

—¿Para qué deseas saberlo?...

—Para acudir en tu auxilio, Lena!—contestó la joven dulcemente, oponiendo su ternura y bondad angelicales á la aspereza de su hermana.

—Nadie debía habértelo dicho.

—Han hecho bien en decírmelo....

—Filomena me ha traicionado....

—¡Filomena es un ángel, criatura! Eres injusta al hablar de ella así.

—No es tiempo ya de tratar de eso...
Cuéntame todo...

—Es duro, muy duro, el tener que con-
tártelo....

—Piensa que me lo cuentas, á mí, á mí,
á tu hermana, á tu buena Margot.

Elena relató la triste historia, y al ter-
minar, dijo:

—Lo demás... Que te lo diga una car-
ta... Toma esta llave... Abre el ropero,
y en una caja de guantes, en la caja que
él me regaló, está la carta.

Precipitose la joven, y con interés tor-
mentoso leyó la carta de Juan. Guardóla,
y volviendo á la cama donde permanecía
la ceguezuela, dijole indignada:

—¡Juan es un canalla! Debe volver....
Yo haré que vuelva.... y pronto!

—No volverá...—respondió la ciega.

—Pero...

—¡Que no vuelva jamás! Yo viviré con
mi deshonra... Viviré para el ser que late
en mi seno, Margot. ¡Libreme Dios de ser
su esposa! Ayer lo ansiaba, se lo pedía ur-
gentemente... ¡Ahora nó! ¡Es un villano,
un canalla!... Tienes razón: un canalla!

—Te engaña la cólera... Le amas...
Su destino es el tuyo. Yo haré que com-
prenda... Tú, Lena mía, sé dócil. Acaso
todo esto pase inadvertido para mamá y
para nuestros hermanos....

—Piensas que sería yo feliz, que pueda

ser feliz al lado de Juan?... Desgracia
por desgracia... prefiero la vergüenza de
mi deshonra, á vivir á su lado. Juan no me
ama, y no volverá... Así lo pienso desde
que Filomena me leyó la carta esa que
acabas de ver... Y yo... ¡lo adoro!

Oyóse la voz de Alfonso que llegaba.

—¡Silencio, Lena!—No te levantes...
Estás delicada... Lenita mía...—agregó
acariciándola,—calma, calma, y mucha fe
en Dios!

La hermosa señorita enjugó sus ojos,
se arregló el cabello, y mirándose en el es-
pejo del tocador, se pasó rápidamente por
el rostro la borla de pluma.

—Quietecita, Elena... y pide á Dios
que me ayude!

—¿Qué vas á hacer?

—¡Quietecita!... muy quieta, muy quieta!

Y salió precipitadamente al corredor.





LXXXVI

—Ven acá...—dijo Margarita á su primo, tomándole una mano, y llevándole al sofa,—¡ven acá! ¡Estoy muy triste! ¡Muy triste! ¡Muy afligida! Necesito de tu cariño y de tus consuelos....

Alfonso la contempló un instante, embelesado ante la ideal belleza de la blonda señorita.

—¿Tú has llorado, Margot?

—No...—contestó ésta, sonriendo dolorosamente.

—Sí; tú has llorado... Sabré la causa de ese lloro..... Nunca miré en tu rostro una expresión tan angustiada..... ¿Qué te apena? Estás acongojada....

—No....

—Sí, alma mía.

—Siéntate aquí, á mi lado, y escúchame. Quiero que me escuches, pero con mucha atención, con mucho cariño, con toda tu bondad, con la infinita bondad de tu alma! Alfonso: ¡tú eres bueno!

—¿Bueno yo? ¿Antes? ¿Quién sabe! De lo que estoy cierto es de que voy siendo bueno, merced á tí, merced á tu amor.... Deseo ser bueno, y serlo más y más cada día.... porque tú eres buena.... Margot: ¡eres un ángel!

—¡Galante está el señorito!—repuso la joven, en cuyos labios se dibujó una sonrisa de alegría, rápida y efímera, y en cuyos soberbios ojos centelló un relámpago de satisfacción.—Eres bueno,—siguió diciendo—y... yo quiero que lo seas más y más! No comprendo, que una mujer ame á quien sea malo. ¡Imposible! El amor es verdad, bondad y belleza. ¡Sólo Dios ama á quienes le ofenden! ¡Dios, que murió en la cruz por todos los pecadores! ¡Dios, que se regocija más cuando entra en el cielo un culpable arrepentido que cuando llega un inocente! No puedo comprender que haya amor para un canalla. No merece ser amado quien no es capaz de amar. Un hombre malo no puede sentir el amor.... Sabes lo que dijo Santa Teresa?

—No....

—Pues la Santa dijo: que si Satanás

fuera capaz de amar, dejaría de ser quien es!.... Pero...—agregó nerviosamente—¡hablemos de otra cosa!

—¿Qué te apena, alma mía? Nunca te he visto así.... Padeces.... Dícenmelo tus ojos.... me lo revela tu semblante... Cuéntame tu pena.

—Voy á contártela.... porque con tal objeto te llamé.

—Cuando me hablaste esta mañana, me dije: ¿qué me querrá Margot? Sí.... porque es la primera vez que me llamas por teléfono....

—Temía yo molestarte....

—A tiempo me llamaste.... En ese momento iba yo á salir....

—Bien, pues óyeme; pero, te lo pido con todas las fuerzas de mi alma, escúchame con mucho cariño, con suma paciencia.

—Con todo mi amor.

—¡Es tan triste; tan doloroso, y tan atroz lo que vas á saber.... que... no sé cómo empezar!

—¿De que se trata, alma mía? Me has puesto en desazón.... ¿Se trata de la liquidación esa de mi padre con tu mamá?

—¡No!—replicó la joven con viveza.—¿De dinero? ¡Quién piensa en eso! La liquidación está hecha y aceptada.

—Pues... entonces.... ¿de qué?

—De algo gravísimo.

—¿Qué será ello?

—¿Tienes noticias de lo que Juan ha hecho en Pluviosilla?

—No.

—Pues lee en esos papeles que están ahí, á tu lado, en ese sillón.... No;—dijo interrumpiéndose,—¿para qué? Yo voy á decirte en pocas palabras lo que cuentan esos periódicos, y.... lo que nos dicen de Pluviosilla personas verídicas y bien impuestas....

Alfonso interrogó á su prima con una mirada.

—Juan... se ha llevado á Concha Mijares. La fuga, el rapto, como dicen los periódicos, ha causado grandísimo escándalo.

—¡Juan es capaz de eso, y de mucho más!

—¡Vaya si lo es!

—¿Y eso es lo que te apena? El es un calavera incorregible... Ella... ¡tú la conoces mejor que yo! ¡Peor para ellos!... Mi padre nada sabe... No es ésta la primera locura de Juan... En Trouville y en Niza...

—¡No me cuentes asquerosidades, Alfonso!

—No, señorita mía.... no las contaré....

—Yo soy quien las va á referir.

Cuando Margarita dijo esto tenía los ojos llenos de lágrimas, y trémula y afligi-

da retorcia impacienté la borlilla de seda de un cojín. Alfonso, conmovido por el llanto de su prima, compadecido de la pena profunda que la atormentaba, sintió impulsos de acariciar aquella linda cabeza rubia, doblegada por el dolor, pero se contuvo, y limitóse á ofrecerle el pañuelo.

—Si,—dijo Margarita, como rompiendo interno diálogo,—yo las referiré.... las referiré haciendo un esfuerzo supremo, á la manera de quien se ve obligado á tocar un sapo repugnante, ó á tomar un lienzo inmundo.

—¡No puedo comprenderte, Margot!—contestó Alfonso, inquieto y agitado por la urgencia de su curiosidad.

—¡Ojalá no me comprendieras!

Alfonso palideció sobrecogido de susto y asaltado por un presentimiento vago, pero atormentador.

—Habla... No acierto á adivinar lo que quieres que adivine.

—¿Observaste alguna vez la inclinación de tu hermano hacia mi hermana?

—Si.

—¿Observaste también la predilección de Elena para Juan?

—¿Si? Pues... bien...

—Si.

—Te comprendo... que son novios y que las locuras de mi hermano han venido

á malograr las esperanzas y las ilusiones de esa pobre niña, no es eso?

—Algó más.

—¿Algó más? No te entiendo. ¿Que mas puede ser? No te comprendo....

—No quieres comprenderme, ó mejor dicho, no puedes comprenderme....

—Margarita se detuvo un instante, ahogando un sollozo. Dominóse y dijo:

—No me entiendes, y.... ¡y yo no sé cómo decirte lo que á decirte voy!

—Margarita mía...—dijo Alfonso suplicante, tomando á la joven una mano— ¡Margarita mía.... habla sin temor!

—La creciente palidez de tu rostro, lo inquieto de tu mirada, lo trémulo de tu voz me indican... que ya vas entendiéndome.

Y la joven retiró su mano de entre las manos de su amante.

—Me espanto de lo que estoy pensando....

—¡Sin duda has acertado ya! Y Juan se ha marchado, y al irse da un escándalo, contesta friamente á los ruegos de Elena, le dice que volverá... y la infeliz ciega, mi pobre hermana.... cuyo infortunio no tiene nombre, reunirá una deshonra á su desdicha.... ¡La desventurada... no tendrá en sus dolores... ni el consuelo de verse en los ojos de su hijo!

Atónito el mancebo se puso en pie; pe-

ro á poco volvió á su asiento, se acomodó en él, se mesó el cabello, y abatido, sombrío, sin una palabra que acudiera á sus labios, fijó en el límpido cielo invernal, en el girón cerúleo que desde allí cubría, una mirada de horrorosa desesperación. Margot sollozaba convulsamente.

Después de largo rato de silencio, Alfonso prorrumpió:

—¡Eso no tiene nombre!

—No le tiene....—repuso Margarita, y continuó en tono más sereno:—Ni mamá ni mis hermanos saben nada.... pero tendrán que saberlo.. Hoy lo supe yo!..

La joven refirió entonces lo acaecido esa mañana, al tener noticia de la fuga de Concha Mijares, y cómo Filomena, en los últimos días piadosa depositaria de tal secreto, se le había descubierto algunas horas antes.

—¿Qué haremos?—preguntó Alfonso después de escuchar el triste relato.

—¡Eso mismo me pregunto yo, Alfonso!

—La situación es atroz, Margarita mía!

—Si que lo es.

—Si Juan estuviera aquí...

—¡Si Juan estuviera aquí,—exclamó Margot en un arranque de cólera,—si Juan estuviera aquí.... Pablo se encargaría de arreglarlo todo!

Alfonso no contestó. La joven siguió diciendo:

—Ha huido como un cobarde, como un ladrón nocturno... ¡Qué tiempos estos! Es honrado, honradísimo, quien no se toma un centavo ajeno... Merece cárcel quien se hurta unos cuantos duros, una cartera, un reloj ó una jaya... Y no hay presidios para quien roba el honor, para quien inunda alma y familia en océanos de hiel y de oprobio! Da asco el ir por esas calles... ¡Con cuántos bandidos, robadores de honras, no nos encontramos diariamente, á cada paso, en esas calles ruidosas, en esa brillante ciudad, en ese cenagal pestífero! ¡Y tenemos que saludarlos, que contestar á sus palabras, que darles la mano!... Y eso no es sólo aquí, ¡es en todas partes!... Dan asco la humanidad y la vida. No vale la pena la vida, si hemos de saber ó de sospechar tales cosas... Juan ha huido como un bribón... Un caballero debía...

—Seamos justos, Margot... Ese viaje lo dispuso y lo ordenó mi padre... No disculpo á mi hermano, antes, por lo contrario, me causa horror su proceder... pero él no pensaba en hacer ese viaje, que obedece, tal creo, á una operación mercantil.

—Acaso... Pero Juan no ha debido irse. Cuando se rueda así, tan miserablemente, por los abismos de la maldad, hasta caer en tamaños pudrideros, sólo un

tanalla se queda y sigue revolcándose en los fangos del rondo. El hombre de valer, el hombre de corazón hidalgo, el hombre bien nacido, el hombre de honor, se levanta y sube, sube, aunque al terminar el ascenso esté moribundo! ¿Tengo razón, ó no la tengo? Respóndeme.

Alfonso contestó que sí, moviendo la cabeza.

—Y ahora, ¿qué nos falta ya? Nada. ¿Desgracias? ¡Hemos tenido tantas! Por algo se llevó Dios á nuestro padre. ¿Pobreza? La tenemos; pero la hemos llevado noblemente, y la sufrimos con alto decoro. Bajamos, no de la opulencia, pero sí de una buena posición, y, entonces, como antes, supimos siempre conservar y seguir mereciendo la estimación y el respeto de todos. Ahora... ¿qué nos queda? El recurso de ir á ocultar nuestra deshonra y nuestra vergüenza en el rincón de una aldea... Y eso será lo único que, tal vez, nos haga dignos de una sombra de respeto, de un sentimiento compasivo. Un retiro olvidado... será para nosotros la única ambición.

—¿Y si Juan vuelve, y vuelve pronto, y se casa con Elena?

—Entonces... ¡entonces dirían las gentes que mi hermana soportaba el enredo ese... el lío... ¿no dicen así? ¿el lío? El lío con nuestra amiga Conchita

Mijares! Y dirán más: qué aquí, en esta casa honradísima, tuvo principio esa novellita naturalista;... que nosotros la vimos principiar, y hasta dirán que la favorecimos!

—¡Exageras, Margot!

—Me ocurre otra cosa: si tu hermano viniera, y como buen caballero se casara con Elena, ¿la haría feliz? Responde.

—¿Quién penetra las sombras de lo porvenir?

—¡No la haría feliz! En Juan no hay alteza de carácter, ni sentido moral.... ¡No he podido encontrar en ese espíritu ni un sentimiento noble, ni una idea generosa!..

—Ya te lo tengo dicho....

—¡Infeliz Elena!

—Margarita mía: es preciso que Juan regrese.... y cumpla con su deber.... Hoy mismo impondré de todo á mis padres.

—Quiénes se opondrán á esa boda...

—¿Por qué dices eso?

—Porque ese casamiento sería una locura....

—¡Peor para mi hermano!

—¡Tú puedes pensar así, pero yo no! No quiero ver triplicado el infortunio de Elena. Además... por otros motivos tus padres se opondrán á esa boda.

—¿Por cuáles?

—Mis tíos tolerarán, en último caso,

que alguno de ustedes se case con una pobre.... pero después de la falta de Elena, si, falta, (con dolor lo confieso) dirán, y con justicia, que mi hermana no merece á Juan....

—El caso es excepcional.

—Si lo es....

—Por lo mismo, hablaré con mis padres.

—Al venir á tu encuentro, al llamarte por teléfono esta mañana, para que supieras de este dramita íntimo, pensaba yo rogarte que me acompañaras á ver á mis tíos, para pedirles solemnemente, de rodillas si era preciso, que hicieran regresar á Juan y le obligaran á reparar su falta. Ahora pienso de otro modo. Lena sería muy desdichada al lado de Juan.... ¡Eso es patente! ¿Un matrimonio? ¡Desgracia sobre desgracia! Además, Elena no lo pide, ni lo desea.

—¿Por qué?

—No le ama....—y Margarita se apresuró á enmendar su respuesta—Sí, sí le ama! ¡Esa es su única disculpa! ¡Le ama, pero.... no le estima!..

—Hablaré con mis padres.

—Yo no haría tal.

—Es mi deber....

—Ciertamente.

—Ellos estarán de la parte nuestra.

—Acaso... pero ¿qué se conseguiría?

—Que obliguen á Juan á reparar su falta.

—Es decir... á aumentar la infelicidad de mi hermana... ¿Qué mujer podrá ser feliz al lado de Juan? ¡Ni Concha Mijares! Pues imagínate á una ciega al lado de ese hombre....

—¡Por la Virgen Santísima, Margot!

La blonda señorita quedó en silencio, doblando y desdoblando el pañuelo que Alfonso le había dado. El joven, cazibajo y mudo, contaba las flores del tapete, mientras en su cabeza se revolvían pensamientos encontrados. Al cabo de un largo rato de cavilación, dijo incorporándose en el asiento:

—Margarita mía: te amo con toda mi alma. En tí he encontrado un ángel redentor. De mí, del indiferente, del maleado por cien filosofías perversas y ponzoñosas; del entenebrecido por la flamante literatura, has hecho un hombre religioso, un creyente; de quien arrastró sus primeros años juveniles por los bulevares de París y de Viena, has hecho un hombre de altas y serenas aspiraciones; del cansado de la vida, del pesimista incipiente, hiciste un satisfecho de la existencia; de quien lloraba desengaños, hiciste un enamorado, dichoso y feliz, porque es dueño de tu corazón, de tu alma, de tu destino y de tu felicidad; del que desfallecía desencantado hi-

ciste un mozo que sueña azules sueños... Te amo y me amas... Pues bien... pediré tu mano, y serás mi esposa!... Esto, en lo cual pienso desde hace muchos días, vendrá á tiempo, y resolverá en parte la tremenda dificultad en que estamos.... Nos casaremos, se casará Juan con Elena, y la tempestad habrá pasado! Mañana pediré tu mano.

—¡Jamás!—exclamó la blonda niña, irguiéndose con dignidad regia.—¡Jamás! Juan ha abierto entre nosotros dos un abismo. Te amo, sí, te amo! No porque eres guapo é inteligente y rico.... ¡Te amaría aunque fueses un mendigo! ¡Te amo porque eres bueno! ¡Te amo, te amaré siempre... hasta la hora de mi muerte... y después, más allá, en el cielo! Pero no puedo ser tu esposa. El decoro me lo impide... Me lo veda la dignidad. La vida que te había consagrado tiene ya otro destino. Hace un momento, mientras tu callabas, y yo jugaba con este pañuelo, lo he resuelto.

—¿Un convento?

—¡No he nacido para monja!....

—¿Qué destino es ese?

—¡Ser para ese niño infeliz una madre abnegada y cariñosa!

—¡Por Dios, Margarita! ¿No me amas?

—¡Con toda mi alma, con todas las energías de mi sér!

—¿Pues.... entonces?

—¡No insistas! Esta noche (Dios me dará fortaleza) sabrán mi madre y mis hermanos lo que pasa. Me escucharán, (siempre me escuchan y siguen mis consejos,) y nos iremos de aquí, muy lejos de aquí, á ocultar nuestra desgracia y nuestra vergüenza!

—¡Margarita!.... Me amas y no podrás olvidarme....

—No quiero olvidarte... Vivirás en mi corazón.

—Una súplica... No digas nada á los tuyos, mientras yo no hable con mis padres. Hoy no podré hacerlo, sino muy tarde.... Papá está citado por el Secretario de Hacienda... El empréstito ha sido cubierto en Londres... Tal vez Juan llegue tarde.

—¡Haz lo que quieras!....

Quedóse pensativa Margot. A poco dijo:

—Alfonso: Dios sabe cuánto te he querido y cómo te amo; El sabe que te amaré siempre.... Digámonos adiós.

—Margot....—suplicó el mancebo.

—Dicho y resuelto está. Mi dignidad de hermana y mi decoro de mujer que se complace en vivir por sobre los fangos de este misero mundo, me apartan de tí. ¡Guárdeme Dios de que diera yo motivo para que alguien tuviera derecho á decir

que yo tolero ó disimulo lo que la sociedad ignora aún, y que tal vez no quede oculto! ¡Guárdeme el cielo de parecer que transijo con ciertas cosas!

—¡Margot!...—murmuró tímidamente Alfonso, rendido á la enérgica resolución de la joven.

—¡Digámonos adiós! Tu presencia en esta casa será mal vista en lo futuro.... y nosotros no podremos evitarlo. Será mal vista.... No por causa tuya, que eres acreedor á la mayor estimación.... ¡Por causa de Juan! Se diría que el interés.... se diría que nuestro rebajamiento moral... ¡En fin, no quiero hablar de eso! ¡Adiós, Alfonso! ¡Sé digno de tu alma nobilísima! Acaso te olvides de esta pobre mujer que tanto te quiere... ¡Se olvida con tanta facilidad en esta vida! Si algún día quieres casarte.... busca para compañera de tu vida una joven que te quiera tanto como yo; que te quiera mucho, porque como te amo yo, nadie te amará! ¡Elige una esposa merecedora de tu amor!

—¡Ten piedad de mí, Margarita!

Entonces la rubia doncella se levantó, asió las manos de su primo, se las estrechó apasionadamente, y le bañó con una inmensa mirada de amor y de ternura. Después, bajos los ojos, el acento trémulo, díjole: —“¡Adiós!”

Lágrimas de fuego cayeron en las manos de Alfonso.

Salió éste con el corazón hecho pedazos, pero iluminada el alma con la remota claridad de una dulce esperanza. Al salir de aquélla casa, tal vez para siempre, pudo oír el desgarrador y congojoso llanto de Margarita.

En ese momento entró Elena en la sala. Margarita corrió á su encuentro, y las hermanas se abrazaron.

—¡Todo lo he oído!—exclamó la ciega. —Has hecho muy bien: lo que tu piensas... pienso yo!... Comprendo tu sacrificio... ¡Perdóname, Margarita, perdóname!

La joven apartó los brazos que la sujetaban, y secándose los ojos, se dirigió al escritorio, y muy de prisa, con ansia febril, pero con el pulso firme y resuelto, escribió larguísima carta, en cuya cubierta puso:

Al R. P.

P. Anticelli, S. J.

Iglesia de Santa Marta,

Pluviosilla.



LXXXVII

La escena fué larga y enojosa. Oyó don Juan á Alfonso, y dijo con ruda franqueza:

—Siempre creí que esa familia... fuera para nosotros causa de muy graves disgustos. Yo, Alfonso, entiéndelo, ni quito ni pongo rey... ¡Allá se las avengan! Algo así me esperaba yo, aunque no creí nunca que las cosas llegasen á tal punto; ¡Parece que la familia de mi hermano Ramón está destinada á ser nuestra mala sombra!

—¡Preocupación tuya, papá!

—No, Alfonso; no es preocupación mía.

—Tiene razón tu padre, Alfonso. ¡Buenos ratos le dió tu tío! Y cuenta que Juan hizo por él cuanto pudo... Prueba de ello